

# Ecós de mayo del 68

Vistas a la distancia, las revueltas estudiantiles en Francia no consiguieron ningún tipo de revolución política, pero ganaron la batalla cultural.

## Triunfos y derrotas

CARLOS GRANÉS

**P**UEDE QUE EL famoso mayo de 1968 sea uno de los acontecimientos políticos y culturales más sobreinterpretados del siglo xx. En los cincuenta años que nos separan de aquellas revueltas estudiantiles, mitificadas casi al día siguiente de ocurridas, se ha dicho casi de todo. Pero ¿qué fue lo que pasó realmente durante aquel año? ¿Por qué el 68 se convirtió en una especie de parteaguas simbólico de la historia cultural de Occidente? El nuevo libro de Ramón González Férriz responde estas preguntas. *1968. El nacimiento de un nuevo mundo* traza un gran fresco de lo que ocurrió ese año. Entrelazando cronológicamente episodios sucedidos en tres continentes y en ocho países, el autor va mostrando el trepidante paso de los acontecimientos que, país por país, ciudad por ciudad, fue dejando cadáveres en las calles, revueltas en las universidades, disturbios en las pantallas del televisor y el total desconcierto en las cúpulas políticas de varias potencias mundiales.

El gran angular que utiliza González Férriz para contar lo que sucedió a lo largo de este año revela cosas sorprendentes. A pesar de su magnetismo histórico, el mayo francés pierde su corona como el hecho político más relevante del 68. Cosas mucho más serias estaban

en juego en Checoslovaquia, donde los estudiantes se rebelaban contra la injerencia soviética; o en España, donde se enfrentaban a una dictadura y ETA, después de arrojar su primer muerto en un retén policial, pasaba de la conspiración política al terrorismo. Y qué decir de México, donde centenares de estudiantes cayeron acribillados por las balas del ejército mientras se manifestaban contra el perverso autoritarismo del PRI. A su vez, en Estados Unidos los jóvenes eran enviados a morir en Vietnam y las tensiones raciales, avivadas desde hacía décadas, estallaban con el asesinato de Martin Luther King. Alemania iniciaba el 68 con un asesinato y terminaba con un colofón violento, la banda Baader-Meinhof. En Italia incubaban los años de plomo, y en Japón, por culpa de la guerra de Vietnam, se revivían los viejos fantasmas nucleares.

El 68 fue un año en el que pasó de todo, y en el que todo cambió y todo siguió igual. González Férriz muestra muy bien esta contradicción en este libro



Ramón González Férriz  
**1968. EL NACIMIENTO DE UN NUEVO MUNDO**  
Barcelona, Debate,  
2018, 272 pp.

tanto como en uno previo, *La revolución divertida* (Debate, 2012), en el que analiza las consecuencias de las revueltas de los sesenta. El 68 cambió la manera de hacer política, pero no supuso esa transformación radical que se asocia a la euforia revolucionaria. En ningún país removió los cimientos del

poder. La derecha francesa arrasó en las elecciones legislativas del 68. Los soviéticos endurecieron la dictadura checoslovaca. Quien fuese secretario de Gobernación durante la masacre de estudiantes, Luis Echeverría Álvarez, fue elegido presidente de México en 1970. La dictadura franquista siguió intacta. El derechista Nixon ganó las presidenciales estadounidenses en el 68. Y ni en Alemania, Italia ni Japón las estructuras políticas o sociales se vieron afectadas.

A pesar de los brotes de violencia, el 68 no condujo a ningún tipo de revolución política ni a ningún cambio de sistema. Es posible que tampoco fuera esa la intención de Daniel Cohn-Bendit ni de los demás jóvenes que encendieron la mecha en la Universidad de Nanterre. Más allá de manifestar el descontento y el malestar a la autoridad, las movilizaciones no tuvieron un objetivo político concreto. Muy probablemente querían la cabeza de De Gaulle, pero es posible que de haberla obtenido no habrían sabido qué hacer con ella. A pesar de todo esto, el mayo francés sí fue la celebración de un triunfo. Como escribe González Férriz, antes del 68 “las costumbres eran más rígidas, y las expectativas de disciplina y

sumisión al grupo, mayores”. Lo que celebraban los jóvenes en las calles de París es que todo esto estallaba por los aires.

No debe extrañar que el sexo fuera uno de los detonantes de las protestas. Desde marzo de 1967 los estudiantes de Nanterre se quejaban porque la universidad impedía a los hombres entrar en las residencias femeninas. Y del malestar sexual al inconformismo social —la sensación, a partes iguales, de vivir en un sistema creado por los viejos, anacrónico y retrógrado, y de estar siendo educado para encajar en una maquinaria que empujaba la vida— había un paso. Tan trascendentes como frívolos, esos fueron algunos de los detonantes del mayo francés. No daban para revertir las democracias burguesas, pero sí para generar cambios relevantes; no alteraban la administración del poder, pero sí los estilos de vida y las costumbres.

Esto fue lo que definitivamente cambió en 1968. Puede que los sesentayochistas hubieran perdido la batalla política, pero sin duda ganaron la batalla cultural. El mundo nuevo al que se refiere González Ferriz es ese. Aquel mítico mayo fue una performance contracultural que puso ante los ojos del mundo un hecho evidente. Los valores de la vanguardia que privilegiaban lo joven, lo nuevo, lo arriesgado y lo rebelde habían dejado de ser propiedad exclusiva de sectas marginales y ahora pertenecían a la mayoría. El cambio de valores se había efectuado. Los jóvenes ya no iban a vivir como sus padres. Bastaba que

empezaran a ocupar los espacios de poder en la cultura y en la educación para que se conformara un nuevo statu quo.

Para muchos resultó un triunfo agríndice. El capitalismo y las corrientes de pensamiento liberal incorporaron con bastante facilidad la legitimación social y cultural de las demandas del sesentayochismo, que incluían, principalmente, la libertad sexual y la autonomía del individuo frente al Estado. La revolución fue asimilada por el mercado y el hedonismo y las libertades individuales por las ideologías predominantes. Eso no significa que las guerras culturales hubieran terminado. Ahí siguen. Lo que sí logró el 68 fue legitimar ideas y actitudes libertarias que siguen vigentes en el mundo occidental. La mezcla de frivolidad juvenil, sincretismo (o confusión) ideológico, demandas de autoexpresión y libertad individual, legitimación del placer, causas sociales e irreverencia ante lo sagrado y solemne, se reveló en las calles de Francia como un nuevo conjunto de valores apetecible para las nuevas generaciones. La cultura que heredamos los nacidos en los setenta contiene todos esos elementos. Podemos odiarla o amarla, pero no hay duda de que desde ahí pensamos, actuamos, creamos y consumimos. Los libros de González Ferriz son un revelador retrato de los cambios culturales que han moldeado las sociedades contemporáneas. —

**CARLOS GRANÉS** (Bogotá, 1975) es antropólogo y ensayista. En 2015 publicó *La invención del paraíso: El Living Theatre y el arte de la osadía* (Taurus).

## Historia íntima de la revolución

**ALOMA RODRÍGUEZ**

**L**AS PROTESTAS DEL mayo francés tuvieron dos focos iniciales: uno, en la Cinemathèque, en febrero, después de que el ministro de Cultura André Malraux destituyera a Henri Langlois al frente de la institución, y otro, en la Universidad de Nanterre, en marzo. A las protestas estudiantiles se unieron las de los cineastas y los disturbios comenzaron en las calles, los encierros se sucedieron en universidades y las huelgas en las fábricas. 1968 no fue solo el mayo de París, ni siquiera solo Europa: Japón, México, Estados Unidos vivieron

sus propias revueltas, además de Praga. También en 1968 ETA cometió su primer asesinato, España no estaba “en un contexto demográfico y cultural tan distinto”, ha dicho Ramón González Ferriz en una entrevista a propósito de la publicación de *1968. El nacimiento de un mundo nuevo*. Pero el mayo francés fue de las revueltas más icónicas y más rápidamente mitificadas y fagocitadas por el propio sistema al que pretendía derribar.

Las revueltas estudiantiles parisinas tuvieron apoyo y reflejo en el cine: el Festival de Cannes de ese año se suspendió en solidaridad con estudiantes y obreros. François Truffaut, Jean-Pierre Léaud o Simone Signoret, por citar solo algunos, se habían mostrado a favor de las protestas. Y aunque puede que las repercusiones del mayo francés se hayan exagerado, en parte por la idealización, a muchos de los protagonistas y testigos los cambió para siempre. Entre esos testigos de excepción está Anne Wiazemsky (Berlín, 1947-París, 2017). La nieta de Mauriac se había casado con el rebelde Jean-Luc Godard, después de haberle enviado una carta a la redacción de *Cahiers du Cinéma* en la que

decía estar enamorada del hombre detrás de *Masculin féminin*. Wiazemsky aprendía a su lado: de cine, de películas, de política, de filosofía, de la vida. Godard la convirtió en una dulce dogmática maoísta en *La chinoise*. Pero, sobre todo, aprendía del amor. Las revueltas de mayo de 1968 revelaron las grietas que los separaban y las hicieron más grandes hasta mostrar diferencias irreconciliables. Es lo que cuenta *Un an après*, la continuación de *Un año ajetreado* —en la traducción de Anagrama—. En ese momento, Wiazemsky no era escritora ni tenía el propósito de serlo. Esa vocación le llegaría más adelante, cuando los directores dejaron de llamarla para que actuara en sus películas. Y estas memorias de juventud por entregas llegaron después de que su carrera como escritora estuviera ya consolidada. *Un año ajetreado* se lee como una novela de formación, también tiene algo de Pigmalión contado desde el punto de vista de ella, cosa bastante inusual. Estaba concebido ya como una parte de algo: “Al principio, tenía un proyecto más vasto que iba a llamarse *Fragments*. Pero me di cuenta de que no podía contar todo en una misma obra. Así que elegí centrarme en un año de mi vida, en el año en que mi vida dio un vuelco: el año en que conocí y me casé con Jean-Luc Godard. Un año lleno de dudas, dificultades y miedo a comprometerme.” Así, *Un an après* sería la segunda (y última) parte de ese proyecto. Wiazemsky no solo tenía una mirada atenta a lo que sucedía a su alrededor, poseía una gran capacidad de observación del mundo y era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que era una privilegiada: no solo en un sentido económico y de circunstancias, también era una testigo privilegiada de la historia. *Un an après*, que no está traducida, es un ejercicio de generosidad: comparte sus memorias de esos días agitados y deja que el lector se asome al lado íntimo de la historia.

Godard y Wiazemsky se mudaron al Barrio Latino poco después de casarse. Ella siempre había soñado con vivir ahí y para terminar de convencer a su marido le dijo que había demasiados policías en la que había sido su primera casa. Como en el cuento de “La muerte en Samarra”, en su huida se encontraron con aquello de lo que huían. El fervor político de Godard ya había despertado y era recibido en La Habana como un héroe por los cineastas cubanos. La pareja se sumó a las protestas por la destitución de Langlois: “Las cosas fueron muy rápido bajo el impulso de Jean-Luc, Truffaut y Rivette, más decididos que nunca a que readmitieran a Henri Langlois. Los estudiantes se unían a los del cine, todos con ganas de plantar cara. Con frecuencia en el extranjero y bastante indiferente a lo que sucedía en Francia en el mundo universitario, yo no relacionaba la revuelta que reinaba en los campus americanos y la que veía en París. En cambio,

Jean-Luc presentía que algo inédito estaba sucediendo en todas partes, Alemania, Checoslovaquia, Roma o Londres. Sus amigos estudiantes maoístas le daban la razón en ese sentido. Desde nuestra vuelta de Cuba, hablaba de revolución internacional. Nosotros casi no lo escuchábamos, centrados en nuestra misión de salvar a Langlois y la Cinemathèque. Era algo nuevo, alegre, fraternal y me divertía mucho en medio de mis mayores que tenían otra vez veinte años, como yo.”

Pero el ambiente festivo y la alegría con la que la joven Anne toma las primeras filas de las manifestaciones duran poco. La del 14 de febrero que había comenzado en el Palacio de Chaillot termina con un enfrentamiento violento entre policía y manifestantes. La noche del 3 de mayo, volviendo de una jornada de rodaje, Wiazemsky se acuerda de esa carga. Su casa está cerca de la Sorbona: “De pronto, salieron estudiantes de todas partes gritando y perseguidos por lo que me pareció que era un grupo de policías con casco, la porra en la mano y golpeando a discreción a los jóvenes que conseguían atrapar. Me paré en seco en el cruce del bulevar Saint-Germain y la calle Saint-Jacques, aturdida, paralizada de miedo, incapaz de echar a correr. Los estudiantes huían delante de ellos en dirección a la plaza Maubert, me empujaban. ‘No te quedes aquí, idiota’, me dijo uno, y trató de arrastrarme. Como seguía sin moverme, me dio un par de bofetadas antes de reanudar su carrera.”

La revolución irrumpe en la vida de la pareja. No solo porque los enfrentamientos tienen lugar prácticamente en la puerta de su casa, sino porque lo invaden todo, hasta su intimidad: la radio siempre está puesta en casa del matrimonio para no perder ni un detalle, Godard acoge a Jean-Jock, un camarada, que parece dispuesto a quedarse a vivir con ellos. Wiazemsky está enamorada del Jean-Luc cineasta, no del hombre comprometido. Por eso la entristece que el cineasta diga que reniega de todo su cine anterior, que va a dejar el cine, o cuando en un acto en Roma, en el que Bernardo Bertolucci ejerce de traductor del director franco-suizo, reprocha al resto de ponentes que sigan anclados en una idea trasnochada y romántica del cine, antes de abandonar el escenario como quien da un portazo. En *Un año ajetreado* Godard estaba orgulloso de que Anne fuera estudiante de filosofía y nada menos que en Nanterre. En *Un an après* Anne ya ha abandonado la facultad, y se sorprende al ver a uno de sus antiguos compañeros —Daniel Cohn-Bendit— liderando las revueltas, saliendo del país y volviendo de manera clandestina.

Godard anuncia que ya no cree en la figura del autor y que aboga por el cine colectivo: a partir de ahora, firmará como Grupo Dziga Vertov. Mientras, la pareja viaja a Londres, se reúne con los Beatles,

rueda un documental con los Rolling Stones. Pero también viaja a Nueva York (donde Godard apenas sale del hotel) y a Quebec; pasa una temporada en el Polo Norte rodando un documental sobre una huelga a menos veinticinco grados. Ella recibe ofertas para filmar con Bertolucci, Pasolini o Ferreri; él se aparta del cine convencional. Ella se pasea en patines por el Barrio Latino, harta de caminar; él discute y escucha a los jóvenes maoístas con atención. Ella es una burguesa, él quiere hacer la revolución. Las huelgas y encierros terminaron en junio y en mayo de 1969; un año después, Godard trató de suicidarse. Era el principio del final de la pareja y Wiazemsky dejaba de ser esa observadora privilegiada: “A nuestros caminos profesionales, que ya habían comenzado a separarse, iba a añadirse lentamente una concepción diferente de la vida, del amor y de la muerte. Nuestra separación definitiva llevó más de un año, casi dos. Fue extremadamente dolorosa para mí y para él, aunque yo tomara la iniciativa. El triste final de nuestra historia fue banal y privado, dejé de ser un testigo privilegiado de la historia. No lo escribiré.”

En el libro de Wiazemsky también aparece Philippe Garrel, cuando el director invita a la pareja a un pase de su primera película (Godard dijo que ya no es necesario que haga películas porque ya las hace Garrel). Y Garrel sintió la necesidad de contar su versión de mayo del 68, también desde un lado íntimo y privado, en *Les amants réguliers* (2005). En una conferencia pronunciada en 2006 en Barcelona, el cineasta explicó que se dio cuenta de que el año 1968 había sido deliberadamente eliminado en la enciclopedia Hachette que le había regalado a su hijo mayor, que estaba a punto de cumplir veinte años. Pensó que tenía que dejar un testimonio de lo que sucedió para cuando ya no quedara ningún testigo vivo. *Les amants réguliers* es una reconstrucción de esos disturbios que, según Garrel, no duraron más de tres semanas. Godard le había producido un documental a Garrel sobre las revueltas, *Actua 1*. La idea era hacer contrainformativos que respondieran a los noticiarios oficiales. Esos negativos se perdieron. La primera parte de *Les amants réguliers* es la reconstrucción de esas imágenes perdidas, es decir, es un trabajo de memoria no sobre lo que sucedió sino sobre cómo lo había rodado. Aparecen las barricadas, los incendios y los enfrentamientos entre policía y estudiantes. La película sigue a los personajes después de las revueltas, sobre todo a François, que es poeta, no trabaja, fuma opio, vive en la mansión de un amigo rico y se enamora de una escultora. La segunda parte de la película es un retrato de grupo de esos jóvenes de veinte años no tan diferentes a los jóvenes de veinte años de casi cualquier época. Suena “This time tomorrow” de los Kinks en una secuencia

que funciona como síntesis de lo que es ser joven y no saber qué esperar del futuro. La tercera parte se centra en la historia de amor entre François y Lillie. Lo emocionante de *Les amants réguliers*, una de las cosas que hacen tan especial, es que quien encarna al protagonista es el hijo de Garrel, Louis Garrel, que es a la vez a quien el cineasta quería contar su versión de la historia de mayo del 68. Por eso la película tiene algo de transmisión de un legado que se muestra en toda su desnudez: esto es lo que hacíamos, así éramos, parece decir el director, y aunque no lo parezca, en realidad, no somos tan diferentes; fuimos jóvenes.

*Les amants réguliers* se rodó justo después de que Bertolucci filmara su homenaje a esos años y al cine de esa época en *The dreamers*, la historia de un estadounidense cinéfilo que conoce a Isabelle y Théo, mellizos, en la Cinemathèque. No es la única coincidencia entre las dos películas: Louis Garrel interpretó a Théo y el vestuario de la producción de Bertolucci se reutilizó en el filme del francés. Las dos películas, como ha señalado André Habib, “proponen, casi cuarenta años después de los acontecimientos, una visión interior y, añadiría, en interiores de mayo del 68. Además de su dimensión abiertamente autobiográfica, y a pesar de sus evidentes diferencias estéticas e ideológicas, las dos obras se unen en la insistencia de los cineastas para acampar a sus personajes en espacios íntimos privados, antes, después o durante los hechos de mayo”. Las dos películas, más claramente la de Garrel, comparten un modelo: *La mamá y la puta* (1973), de Jean Eustache, que recogía el espíritu sesentayochista.

El espíritu de mayo del 68 perduró en el tiempo, como viene a contar Olivier Assayas en *Después de mayo* (2012). No es difícil ver en el protagonista —un adolescente que quiere hacer cine y tiene amigos que aún queiman coches y hacen pintadas y le reprochan que lea a Simon Leys contando los muertos de Mao en 1971— al propio Assayas.

*Les amants réguliers* y *Un an après*, además de ser dos acercamientos desde la intimidad a la historia, están unidos por sus autores: Garrel fue de los últimos directores con los que trabajó como actriz Wiazemsky. Ambas obras consiguen captar algo que cambió en mayo: la liberación de la mujer y el amor libre, que es uno de los pilares de la película de Eustache. Wiazemsky consigue que su relato vaya más allá del morbo inicial de descubrir a un Godard celoso y revolucionario y Garrel comparte algo tan íntimo como una conversación entre padre e hijo hecha película. Ese año pasaron más cosas, sí, pero con estos testigos y protagonistas se entiende que ninguna fuera tan icónica. —

**ALOMA RODRÍGUEZ** es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2016 publicó *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).